

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 31.—BARCELONA 23 DE ENERO DE 1915



Los proyectores de París explorando el firmamento con sus haces luminosos, para evitar un ataque de los aviones alemanes

## CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Los nuevos beligerantes.—II. Inglaterra y los Estados Unidos.—III. El espíritu público en Francia y en los demás países beligerantes

### I.—Los nuevos beligerantes

Con profusión de detalles y una seguridad que desconcierta, se viene anunciando hace días que Rumanía tomará parte en la guerra, por supuesto, al lado de los aliados, a mediados de febrero; que Bulgaria hará lo mismo, y que en marzo las secundará Italia.

Nadie puede profetizar lo que ha de suceder, y por lo tanto ignoramos si se confirmarán o no estos augurios. Pero no deja de ser extraño que, si efectivamente aquellas tres potencias piensan desenvainar la espada, sean tan incautas que anuncien sus propósitos con uno o dos meses de anticipación; es la mejor manera de que sus futuros rivales se prepa-

ren y prevengan. Si la guerra no ha tomado ya un cariz más franco y encaminado a una clara decisión, se debe principalmente a la sagacidad de Rusia, que había mantenido secreta su movilización militar: esto ocasionó el fracaso del plan alemán, que súbitamente y con verdadero asombro se derrumbó por la necesidad que se dejó sentir imperiosamente de acudir contra Rusia, en momentos que todo el mundo creía que se encontraba en los preparativos de la movilización. Pues si tan buenos resultados dió a los aliados el secreto y la rapidez de acción, ¿cómo ha de admitirse que ahora Rumanía y Bulgaria y la astuta Italia sean tan cándidas que pregonen a los cuatro vientos lo que harán o dejarán de hacer?

La invasión de Bukovina por Rusia ha desperta-



do los sentimientos nacionales de los rumanos, que ansían apoderarse de la Transilvania y de la misma Bukovina, comarcas habitadas en gran parte por rumanos; de la misma manera que si los austriacos hubieran triunfado y arrojado a los rusos hacia la Besarabia, las aspiraciones rumanas se concretarían en la reivindicación de ese país, más rumano aún que la Transilvania.

En cuanto a Bulgaria, su verdadero interés y toda su política tradicional se resumen en la anexión, parcial o total, de Serbia y de una parte de Albania, para tener salida al Adriático. Pero claro está que si comprende que este pensamiento es irrealizable, y en cambio muy factible una traslación de sus fronteras en Tracia, hacia el S., tendrá que contentarse con lo menos y esperar con paciencia a que llegue el momento de alcanzar lo más.

Italia sigue dueña de sí misma y dando un alto ejemplo de patriotismo. Ocupada Vallona, la opinión pública, y el Gobierno también, se ha pronunciado contra la anexión de Albania; la conquista de este inquieto y turbulento país, exigiría grandes sacrificios y el empleo de ejércitos que pueden hacer más falta a los italianos en otra parte. Pero no se oculta a nadie en la Península de los Apeninos, que para ser provechosa la ocupación de Vallona, ha de seguirla la de una extensión de terreno bastante mayor, único modo de que aquel punto llegue a ser una buena base naval. El problema está aún algo confuso, y en tanto no lo despeje, Italia no fijará sus miras en otro lugar.

## II.—Inglaterra y los Estados Unidos

La respuesta de Inglaterra a la nota de los Estados Unidos, ha sido más amistosa que la reclamación de los segundos. El hecho es nuevo en la historia de la Gran Bretaña, pero más nuevo todavía que este Imperio se encuentre colocado en una situación algo crítica. Su arrogancia legendaria ha sido substituída por la prudencia y la mansedumbre. Esto tienen que agradecerle los Estados Unidos y todos los neutrales a Alemania.

En su nota de réplica, mister Grey hace algunas concesiones, cuyo detalle sólo interesa desde el punto de vista comercial, pero que no satisfacen por completo las demandas del gobierno de la Casa Blanca. Lo más interesante es la comparación entre el comercio de exportación de varios países neutrales en 1913 y 1914, demostrativa de que muchas mercaderías, aunque consignadas a neutrales, van a Alemania y Austria. He aquí las cifras.

	Noviembre de 1913	Noviembre de 1914
Exportaciones de Nueva York para:		
Dinamarca . . .	558,000 dollars.	7.101.000 dollars.
Suecia . . . . .	377,000 »	2.858,000 »
Noruega. . . . .	477,000 »	2.318,000 »
Italia. . . . .	2.971,000 »	4.781,000 »
Holanda. . . . .	4.389,000 »	3.960,000 »

La elocuencia de estas cifras no necesita comentarios. Se ha hecho y se está haciendo un fabuloso contrabando, impropriamente llamado de guerra, y cuando Inglaterra y Francia creían que habían cerrado las puertas de Alemania, se encuentran con que esta nación sigue traficando como de ordinario.

Las estadísticas relativas al comercio danés, holandés, sueco y noruego, é italiano, son todavía más significativas. Los neutrales han estado obteniendo espléndidos y pingües beneficios de la guerra, sirviendo a Alemania, es verdad, pero ante todo á sus propios intereses. Pero el caso es que mientras Inglaterra pretende que todos se sacrifiquen por ella, lo mismo sus aliados que los neutrales, á estos últimos no se les alcanza por qué han de renunciar a las ventajas que les ofrece el actual conflicto y por qué han de pagar las consecuencias de las ambiciones y proyectos de la Gran Bretaña.

Y tienen razón. Jamás se había dado el caso de que se declarara contrabando de guerra, tanta y tanta mercancía que nada tiene que ver con fines militares. Inglaterra, volviendo por pasiva el famoso proyecto de bloqueo continental, causa de la ruina de Napoleón, ha querido matar de hambre a sus rivales, y no ha visto que esto condenaba al agotamiento económico y á la muerte al comercio de los países neutrales. Si vence en la guerra, podrá imponerse otra vez a los demás, como ha hecho hasta aquí, pero, entre tanto, su escuadra está demasiado ocupada para que los Estados Unidos tengan que guardarle excesivas consideraciones. El punto de vista de la gran nación americana no puede ser más claro y más razonable; le dice a la Gran Bretaña: ¿vamos a arruinarnos nosotros para que V. satisfaga sus deseos, y luego nos imponga con más pesadumbre todavía el yugo secular que sin miramientos ha aplicado a todos los pueblos que eran más débiles? Mal acostumbrada Inglaterra, está ahora como aquel niño mimado que de pronto encuentra resistencias a sus caprichos: no se le alcanza que pueda haber alguien que no se preste a su juego, y con la mayor buena fe—más vale creerlo así—pretende que todos se sacrifiquen y molesten por ella.

## III.—El espíritu público en Francia y en los demás países beligerantes

Se va acentuando en la vecina nación el convencimiento de que la guerra no podrá terminar a su favor por la fuerza de las armas, y que Inglaterra ha metido a la República en un callejón sin salida. La esperanza rusa se va desvaneciendo poco a poco, el agotamiento moral y material se extiende más cada día, y en todos los cerebros se agita la idea de que convendría una paz decorosa, antes de que pase para siempre la ocasión de concertarla en buenas condiciones; porque el triunfo de los aliados, si por acaso llega, ya se va viendo que no será tan esplendoroso como algunos entusiastas imaginaban, y nada podrá compensar las pérdidas inmensas sufridas por Francia.

En la superficie, Francia sigue tan resuelta y animada como en agosto, pero en el fondo no sucede así. El mundo oficial y la prensa, sujeta a una censura rigurosa, reflejan optimismo, pero por desgracia para el buen pueblo francés, esos optimismos no se realizan nunca.

Es indudable que si la diplomacia alemana hubiera sido algo más perspicaz y pusiera algún empeño en conocer a fondo la psicología del pueblo francés, o no estallara la guerra o está habría tenido ya



término. Se equivocó profundamente, juzgando a todos los pueblos como si fueran alemanes, y ahora empieza, hay que hacer esta justicia, a enmendar este error, aunque no con la eficacia y el acierto que debiera. De todos modos algo ha hecho para borrar antagonismos; esta labor está siendo en parte neutralizada por la campaña violenta, que en los países aliados se sigue haciendo contra Alemania, a la cual ésta comienza a contestar en forma más asquible a los entendimientos latinos y británicos, que en los primeros tiempos de la guerra.

Registremos con satisfacción este hecho. Tienden a borrarse los odios entre Alemania y Rusia y entre Alemania y Francia; subsisten las rivalidades históricas entre Austria y Rusia; y se han agigantado las diferencias y el encono entre la Gran Bretaña y Alemania. El balance de esta situación espiritual es más favorable a la paz que hace cinco meses. No será el modo de pensar y de sentir de cada ciudadano, mientras no se manifieste colectivamente, lo que haga concertar la paz a los gobiernos, pero no deja de ser un síntoma y un elemento que predispone en buen sentido.

En compensación, por desagradable que sea decirlo, cada tentativa de aproximación entre los actuales enemigos, es un peligro para los neutrales inmediatos a ellos, que han de prevenirse sin perder tiempo para afrontar la situación que se comienza a dibujar. Porque la cuestión no puede ser más clara: si la guerra no termina con la derrota completa de un grupo de potencias, y por consiguiente si las compensaciones y los pagos no han de pesar exclusivamente sobre los beligerantes, todos ellos, lo mismo los que ganen que los que pierdan, han de volver sus ojos a otras partes para encontrar y ofrecer las reparaciones necesarias. No olvide el lector lo que antecede, y esté atento a los acontecimientos que se avecinan, aunque todavía con lentitud, porque aunque los Gobiernos no es posible que dejen de darse cuenta de todo, bueno y conveniente es que la opinión pública se vaya formando, para apoyar, en el momento crítico, á sus hombres de Estado.

F. LARÍN.

### **SOBRE LA BATALLA DEL 16 DE DICIEMBRE EN LA POLONIA RUSA**

*(De nuestro corresponsal en Berlín)*

La gran batalla que durante varias semanas se venía riñendo en la Polonia rusa ha terminado con la brillante victoria del ejército austro-alemán, escribiendo una página gloriosa en la historia militar moderna.

El colosal ejército ruso se halla en retirada. Su ofensiva contra Silesia y Posen totalmente fracasada.

Sin embargo, no se puede considerar aún que los austro-alemanes han llegado al final de la jornada; todavía les resta que hacer y «en la guerra—como decía Napoleón—no se ha hecho nada cuando todavía queda algo por hacer.» Este principio fundamental lo comprende y lo va cumpliendo con maestría el mariscal Hindenburg, quien ha declarado «que no encontrará sosiego hasta no haber terminado con el último ruso.»

Ya se deja entrever que la decisión recaerá en el E. o al otro lado del paso de Calais. Ni una ni otra cosa se había pensado. La dirección del ejército alemán resolvió primero buscar la decisión en el O. y allí dirigió su fuerza principal. Fallado el golpe, por motivos conocidos, se vió obligada a aplazar la decisión en este teatro y buscarla en el otro frente. Esta resolución del Estado Mayor alemán ha sido atrevida por demás, porque los rusos ya habían comenzado su ofensiva y, avanzando victoriosos en el sur de Galizia, obligaron a los austriacos a retirarse.

El 4 de octubre principió la ofensiva general del ejército aliado, austro-alemán, que llegó después de sostener varias batallas y combates victoriosos, hasta el Vístula. El sitio de Przemysl tuvo que ser abandonado por los rusos y entonces los austriacos lograron ocupar la línea del San. Los aliados pensaban ya en atravesar el Vístula y sitiar Varsovia e Ivangorod. Tropas rusas fueron derrotadas cerca de Ivangorod y el ataque de los austriacos contra el ala izquierda de las posiciones rusas al este y sudeste de Przemysl había progresado. Las tropas rusas que invadieron Hungría fueron completamente derrotadas y arrojadas sobre los Cárpatos, quedando así amenazada la posición izquierda de toda el ala rusa. También en Czernowitz penetraron victoriosos los austriacos. Al mismo tiempo el distrito de Suwalki fué ocupado por los alemanes y rechazados todos los ataques rusos. De pronto se anuncia el avance de gruesas columnas rusas que viniendo de Varsovia amenazan el flanco izquierdo de los aliados. Para esquivar esta amenaza el mando alemán inicia el célebre movimiento retrógrado, que tiene lugar a fines de octubre y principios de noviembre. La retirada se efectúa sobre la línea Cracovia-Thorn.

Un nuevo «agrupamiento» tiene lugar, en el cual se refuerzan las alas, mientras el centro se mantiene débil apoyándose en sus atrincheramientos de campaña. Terminado el agrupamiento en la forma que lo dispuso el mariscal Hindenburg, el 1.º de noviembre se tomó de nuevo la ofensiva. Primeramente avanzó el ala norte y derrotó al ala derecha rusa, en los días 13 y 15 en Lipno y Wloclawek. Gruesas columnas rusas fueron arrojadas en dirección S. y SE. y perseguidas por los alemanes. Se creyó otra vez en la posibilidad de un decidido ataque envolvente que cortara las comunicaciones de retaguardia del ejército ruso a Varsovia. Esta esperanza pareció ser tanto más probable cuanto que todos los otros ataques de los rusos fueron rechazados. Pero, nuevamente, el 22 de noviembre entran en línea considerables fuerzas rusas de refresco, y la ofensiva de los aliados queda paralizada.

Los rusos inician una enérgica contra-ofensiva, que fué esquivada con felicidad por el ejército aliado en todo el frente de batalla, el 25 de noviembre. Inmediatamente el ala norte del ejército alemán tomó la ofensiva y conquistó las posiciones rusas cerca de Lodz, el 6 de diciembre. El ejército ruso, derrotado, se retiró detrás del sector del Miaga, donde levantó atrincheramientos y estuvo en contacto inmediato con las posiciones del ala derecha rusa detrás del Bzura. Los alemanes continuaron sus ataques, que se dirigieron principalmente contra el frente Lowitz-Vístula.

Mientras tenían lugar estos combates en el ala





Batería alemana marchando al galope a ocupar una posición de tiro

norte, los rusos pretendieron reforzarse con tropas sacadas del sur de Polonia sobre Nowo-Radomsk, pero los aliados, en varios combates cerca de Petrekaú, los obligaron, ya en marcha, a retirarse.

Entre tanto, los austriacos, que habían concluido la concentración de su ala izquierda en Cracovia, comenzaron el ataque contra el ala izquierda rusa, que terminó, después de varios combates fructuosos, el 12 de diciembre con la batalla de Limanowa. Además tropas austro-húngaras avanzaron sobre los Cárpatos y prolongaron el ala izquierda hasta los sectores del San.

Mientras tanto, los alemanes continuaban sus ataques en las cercanías de Lowicz contra las posiciones rusas del Bzura, que lograron tomar.

Derrotadas al mismo tiempo las dos alas del ejército ruso, y vista la imposibilidad de una ruptura del frente alemán, se dobló la fuerza de resistencia rusa. La situación de los rusos se puso crítica y para no verse cortados totalmente de sus comunicaciones de retaguardia y acorralados, se resolvieron a em-

prender la retirada en todo el frente de batalla. Esta retirada no ha sido voluntaria con el objeto de crearse una nueva situación estratégica favorable, sino obligada bajo el peso del impetuoso avance del ejército aliado.

El ejército ruso, colosal por el número, ha sido derrotado en todo su extenso frente.

El grandioso hecho militar de las armas germanas aliadas, pone los nombres de Hindenburg y Ludendorff en la primera línea de los jefes de ejército, cubiertos con el manto de gloria de sus valerosos soldados. El ejército austro-alemán ha dado pruebas, en esta campaña, de su gran capacidad de resistencia.

¿Qué hace ese ejército aliado del O. que no aprovecha la ocasión de la ofensiva alemana en el E. y conduce una enérgica ofensiva sobre el enemigo que le está al frente? ¿O es que no tiene el poder suficiente para acometer semejante empresa? Si esto es así ¿dónde está la gran superioridad, tan decantada? En las columnas de la prensa y en las agencias Reuter y Havas están deshechos los ejércitos alemanes,



El compañerismo en campaña: heridos auxiliándose mutuamente para dirigirse a un barco-ambulancia en el Vístula



Embarque de soldados alemanes heridos en un barco-ambulancia cerca de Plock (Polonia)





S. M. el rey de Rumanía Fernando I



S. M. la reina María de Rumanía vistiendo el traje nacional

pero en el terreno de los hechos van marcadas paso a paso las etapas de la victoria.

Los franceses debilitan sus propias fuerzas en una serie de ataques «a palo de ciego» que se estrella siempre contra el muro alemán y se despedazan. ¿Qué consiguen con esto? Gasto inútil de fuerzas y nada más.

La esperanza de los aliados del O. en el coloso ruso principia a diluirse en el éter del desengaño. Los franceses e ingleses están que trinan contra los rusos. Sus críticos militares les acusan de falta de actividad. Esto es una injusticia, porque, por el contrario, la causa de la derrota rusa es su exagerada actividad. Los rusos lejos de conducir una ofensiva enérgica en uno de los puntos, han procedido a dirigirla en varios a la vez, sin concentrar en uno solo los elementos suficientes para afirmarla. Están cometiendo la misma falta que los turcos en 1912 y ya casi se puede predecir que se hallan al margen del desastre. Quien mucho abarca poco aprieta.

J. C. GUERRERO.

Berlin, diciembre 1914.

### CÓMO TERMINARÁ LA GUERRA Y CUÁLES SERÁN SUS CONSECUENCIAS

Para el observador imparcial que no se deja impresionar por los alegatos y exageraciones de los beligerantes, la guerra va tomando un sesgo realmente inesperado y que se dibuja con más claridad cada día. Dejando a un lado los juicios de los técnicos, que como es natural sólo tienen en cuenta uno de los aspectos del problema, y las fantasías de los que lo esperan todo de la ruina de los pueblos rivales y de la acción de los aliados, que no en la suya

propia, los hechos generales que se van presentando con relieve singular son los siguientes:

Francia y la Gran Bretaña carecen de fuerza para derrotar a Alemania en tierra. Alemania no dispone tampoco de fuerzas suficientes, teniendo como tiene gran parte de su ejército en Francia, para aplastar a Rusia; a Rusia le es imposible desarrollar a la vez con éxito la doble campaña contra Austria y Alemania; y Austria bastante tiene que hacer con mantenerse a la defensiva contra la presión rusa. Los nuevos elementos marciales que podrán entrar todavía en el tablero, no alterarán fundamentalmente este cálculo, si no mienten las aseveraciones de los que se creen más enterados, y la guerra seguirá lenta e indecisa, hasta que..... ¿queden arruinadas Alemania y Austria o carezcan de alimentos? ¡Nada de esto! El fin se deberá a otra causa, pero antes digamos que la organización alemana es tan perfecta que el equilibrio económico se sostiene a pesar de la guerra: todos los



La hermosa princesa Isabel, hija de los reyes de Rumanía



recursos financieros de Alemania se gastan, casi sin excepción, dentro del Imperio, y el dinero no sale de él, de suerte que no hace más que cambiar de dueño, pero siendo éste siempre alemán; menos probable es todavía que falten alimentos en aquellos países: las cosechas han sido buenas, la disciplina social ha facilitado la reglamentación y dosificación de ciertos alimentos de primera necesidad, y nuestros tiempos no son aquellos en que era posible condenar a la miseria a un vasto pueblo; brazos, sobran, porque en último término se echará mano de los prisioneros, y semillas y granos y rebaños se poseen en cantidad más que suficiente para dos años. En este largo período ha de sobrevenir la paz por otros motivos.

Si Alemania es impotente para derrotar a sus rivales, y éstos, a su vez, tampoco pueden sangrar a su poderoso adversario, en los campos de Europa, ha de buscarse la decisión fuera de ellos. A esta idea obedece la intervención de Turquía en la guerra, empujada por Alemania, porque se espera, con su ayuda, poder llevar la agitación y la revuelta a Egipto y la India; pero los ingleses se están preparando hace tiempo, convencidos, y tienen razón, de que más funesta les sería una derrota en Egipto, que un desastre en Francia; de suerte que cuando las tropas turcas lleguen, si llegan, a la vista del canal de Suez, tropezarán con una masa enemiga capaz de contenerla, por lo menos, y de hacer muy largas las operaciones. Tampoco se ve por este lado el fin próximo de la guerra.

Si Inglaterra pone a cubierto sus dos principales imperios coloniales de Egipto y la India, y no ve destruida su escuadra, se encontrará en condiciones de resistir todo el tiempo que le parezca conveniente, hasta que sus adversarios se vean obligados a pedir gracia. Pero ni Francia ni Rusia se encuentran en el mismo caso. Francia está agotada, y dentro de poco tiempo no podrá más; ni le quedará gente ni tendrá dinero, ni le será posible cuidar los campos, fábricas y talleres, salvo los de efectos militares, están abandonados. Rusia, sin mercados donde encontrar recursos, y con el descontento en los campos, tampoco se halla en estado de resistir más; una campaña victoriosa todavía le daría fuerzas para proseguir las operaciones un año más, pero como por desgracia para ella esas victorias no se vislumbran siquiera, va comprendiendo que lo está exponiendo todo y tiene muy pocas probabilidades de ganar algo.

De donde resulta, y ello es tan evidente que sería ocioso extenderse en demostrarlo, que las árbitras de la paz o de la continuación de la guerra son Alemania e Inglaterra.

Aunque flaqueen sus aliadas, la Gran Bretaña las empujará e infundirá nuevos alientos. Podría darse el caso de que Francia y Rusia le volvieran francamente las espaldas, pero ello es, hoy por hoy, algo remoto, y hay que esperar que ambas potencias se limiten a ir disminuyendo poco a poco la energía de su acción militar, tendiendo a establecer un estado de equilibrio que permita esperar la paz en las condiciones menos onerosas; ello no tendrá lugar, seguramente, sin que antes se libren los últimos choques en que cada partido arroje en un postrer esfuerzo el resto de sus recursos militares; llegado el período de contemporización, cuando la persuasión de que no es posible vencer se haya extendido en

Francia y Rusia, Inglaterra tendrá que meditar muy mucho el partido que toma, porque de él depende todo su porvenir.

¿En qué se funda el poderío de la Gran Bretaña y cuál es el instrumento de que se vale para mantener su posición en el mundo y dominar a todos? La escuadra. Sin ella, Inglaterra sería una potencia de segundo o tercer orden, y sólo conservaría sus colonias el tiempo indispensable para que acudieran otros a arrebatarlas. Pero esta escuadra va siendo debilitada poco a poco, y antes de que concluya la guerra, mejor dicho, antes de un año, los nuevos golpes que habrá sufrido la dejarán bastante quebrantada. Pero, aunque no se repitan los ataques de los submarinos alemanes y las minas fondeadas no causen más estragos, hay que pensar en el estado en que se encontrarán, en que se van ya encontrando, los barcos de guerra, con las máquinas siempre en presión y sin poder limpiar fondos ni entrar en los astilleros. Se habrá gastado por sí misma y no será ya aquella temible y reputada escuadra que inspiraba respeto en todos los mares del planeta. A medida que disminuya el poder combatiente de aquella flota, irá aumentando la importancia mundial y el poderío naval de los Estados Unidos, de Italia, de Japón... Y dentro de un par de años, si por un momento admitimos que la guerra pudiera durar tanto, esos tres Estados superarían en fuerza naval a Inglaterra: habría terminado la supremacía de ésta y comenzaría irremediablemente a declinar: sería un coloso inerme, tanto más atacado y con más saña, cuanto más hizo pesar su voluntad sobre los demás pueblos de la tierra. ¿De qué le serviría a la Gran Bretaña derrotar a Alemania, si quedaba luego a merced de Italia, de los Estados Unidos, del Japón, cada una de las cuales potencias ocupa una situación geográfica mejor que la de Alemania y en disposición de dominar los mares? Inglaterra habría ganado una guerra, pero habría perdido su existencia como Imperio mundial. A este precio, por grande que sea el odio que los británicos sientan por Alemania, no dude nadie que Inglaterra se detendrá en el camino y no querrá llegar al fin, puesto que este fin no sería sólo el de Alemania, sino el de ella también.

De consiguiente, así que Inglaterra comprenda que la victoria no ha de sonreír a los aliados en los campos de Europa y que éstos vuelven sus ojos a la escuadra británica, como supremo argumento y recurso final, depondrá su arrogancia y antes de quedar inutilizada entrará en los preliminares de la paz. Todo, antes que la pérdida de la escuadra, bien bajo el plomo enemigo, ya por la acción lenta, pero implacable, del tiempo y del agua.

En cuanto a Alemania, sabe perfectamente que mientras posea sus buques, que están mejor atendidos y cuidados que los británicos, porque permanecen a la defensiva y disponen de unas bases excelentemente preparadas con muchos años de antelación, su derrota definitiva es imposible: tendrá que aceptar una paz más o menos favorable, pero no quedará a merced del rival aborrecido, porque al hundirse los barcos en el mar, arrastrarán con ellos el único principio vital de los ingleses. Y en tierra, ¿concibe nadie que los aliados, ni los rusos, lleguen a Berlín? ¿Concibe nadie que piense serenamente que lleguen



un día en que sean barridos esos ejércitos que han derrotado a los rusos y a los aliados, y que no han cedido una pulgada de terreno a pesar de batirse contra fuerzas muy superiores, lo mismo en una frontera que en otra? Pero tampoco se advierte que Alemania pueda derrotar decisivamente a sus enemigos, porque es claro que si para obtener este éxito fuera menester llevar al frente de batalla a los centenares de miles de hombres que quedan en el territorio nacional, ya lo habría hecho y no esperaría un día más. Si no los derrota, si no lleva más gente a las líneas de batalla, es sencillamente porque sabe que ni aún así obtendría la victoria decisiva. No será derrotada, pero tampoco derrotará a sus rivales. Podrá ganar más o menos victorias, pero la decisión de la guerra no vendrá por una batalla afortunada. Mientras sus barcos continúen a flote, Alemania podrá seguir amenazando a Francia, a Rusia, a Inglaterra, a Italia, al mundo entero, y por lo tanto no se encontrará en situación desesperada ni tendrá que admitir la paz que le quieran imponer sino la que le convenga, cuidando empero de no exigir tanto que se encuentre Inglaterra en el caso de arriesgar el todo por el todo.

Salvo contingencias imprevistas, y no hay que decir que ninguna situación como la de guerra para ofrecer hechos inesperados, veremos por consiguiente cómo viene la paz por el acuerdo de Inglaterra y Alemania, que pondrán término a su querrela para compartir entre ambas el dominio del mundo. De este acuerdo nacerá un equilibrio diferente del que había antes de turbarse la paz: Rusia, Austria, Francia, etc., verán disminuída su importancia. ¿Serán tan cándidas que permitan la continuación de la guerra hasta que los colosos se pongan de acuerdo con perjuicio y menoscabo de aquellas naciones? Todo es de esperar de la ceguera que se apodera de los pueblos cuando desenvainan la espada.

Para terminar, dos palabras sobre Austria. Mezcla de nacionalidades, de religiones y de razas, el Imperio austro-húngaro se sostiene más que por sus fuerzas, por la conveniencia de los demás países. Si como consecuencia del presente conflicto se pretendiera hacer el deslinde de aquellas nacionalidades, resultaría que una gran parte de Austria caería absorbida por Alemania, y aumentaría enormemente la potencia y la grandeza de ésta, cosa que ni Italia ni Inglaterra deben consentir. Otra porción se desmembraría y quedaría planeada la formación de un nuevo Imperio, bajo el cual se agruparían todos los Estados balcánicos, quisieran o no quisieran los demás gobiernos. No ya Inglaterra e Italia, sino también Rusia, se alzarían contra la formación de tal Imperio, que será no obstante necesario más adelante, mucho más adelante, para oponer un dique a la absorción rusa de Europa, pero que por el momento es todavía prematuro. De donde se concluye que los cambios de fronteras que la guerra actual ha de ocasionar, serán bastante menores de lo que generalmente se cree.

## LAS BATALLAS DE LEMBERG

por el Dr. Kurt Floericke

(Conclusión)

Los rusos han concedido una extraordinaria importancia a la batalla de Lemberg, pero no han dicho una palabra sobre la ordenada retirada de los austriacos, ni por qué no les persiguieron. Que algunas piezas y unos grupos de dispersos cayeran en manos de los rusos, no son hechos que empañen el mérito de los austriacos. La resolución de la batalla corresponde al general Brusilov, el cual, después de haber atacado y tomado posesión de Halicz, al S. E. de Lemberg, dispuso que Mikolayov se atrincherara fuertemente y avanzó con el resto de sus fuerzas, de suerte que los austriacos quedaron bajo el peligro y la amenaza de tener cortada su línea natural de comunicación Grodek-Przemysl. En estas circunstancias, el gran cuartel general expidió, en la noche del 2 al 3 de septiembre, la orden de evacuar sin combate la ciudad de Lemberg. No tenía ya ob-objeto, en efecto, empeñarse en resistir en los fuertes de campaña que se habían construído en las alturas cercanas, para exponerse a que la ciudad fuera cañoneada y sometida a las consecuencias de un asalto. De todos modos, la orden debió ser algo imprevista para la ciudad, porque sólo tuvieron tiempo de partir dos trenes, en los cuales montaron los principales comprometidos en el movimiento polaco, para evitar ser capturados por los rusos. Entre ellos figuraba el burgomaestre Neumann, uno de los organizadores de la legión polaca, por cuya captura habían ofrecido los rusos una gruesa suma. El arzobispo, conde Szeptcki, permaneció valientemente en la ciudad, y fué internado en Rusia, sin que hasta ahora se sepa la suerte que le ha cabido. Fueron abandonadas en la ciudad grandes cantidades de provisiones. Son de señalar varios actos de traición. Antes de la retirada fueron fusilados algunos reos de este delito por orden gubernativa. Entre los principales, figuraba el jefe de estación Redl, a quien parece extraño se le encomendara un cargo tan importante en aquellas circunstancias. Informaba a los rusos de los movimientos de las tropas, y dejó abandonados en vías muertas los trenes de provisiones, mientras pasaban hambre las tropas que se estaban batiendo. El quebrantado ejército austriaco se replegó a una excelente posición protegida por las lagunas de Grodek, sin que la retirada fuese molestada en lo más mínimo por el enemigo, por lo que fué fácil restablecer el orden en las tropas. Para ocultar sus grandes pérdidas y reponerse de ellas, sin que se trasluciera nada que pudiera empañar el éxito obtenido, los rusos permanecieron inactivos hasta el 3 de septiembre, con su artillería pesada en los atrincheramientos abandonados al E. de Lemberg; en la tarde del día 4 el general Ruszky hizo su entrada en la indefensa capital de Galizia. Debe decirse en honor de la disciplina de las tropas rusas, que el vencedor se condujo con moderación y prudencia; quedaron pocos militares en la ciudad; delante de todos los edificios públicos y almacenes de comestibles se montaron guardias.

Examinando en conjunto el resultado de la primera fase de estas sangrientas batallas, se deduce que ambos adversarios quedaron malparados. El

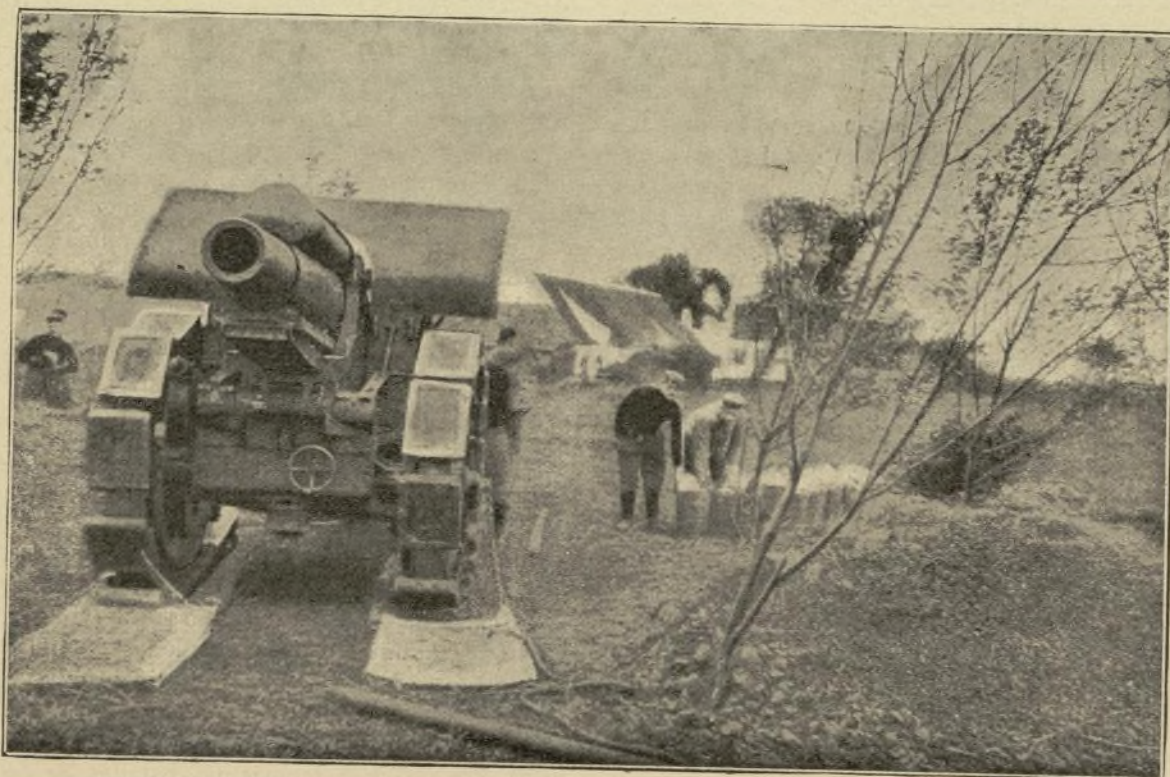




Voladura de un puente sobre el Aisne, por los zapadores franceses, para dificultar el avance alemán

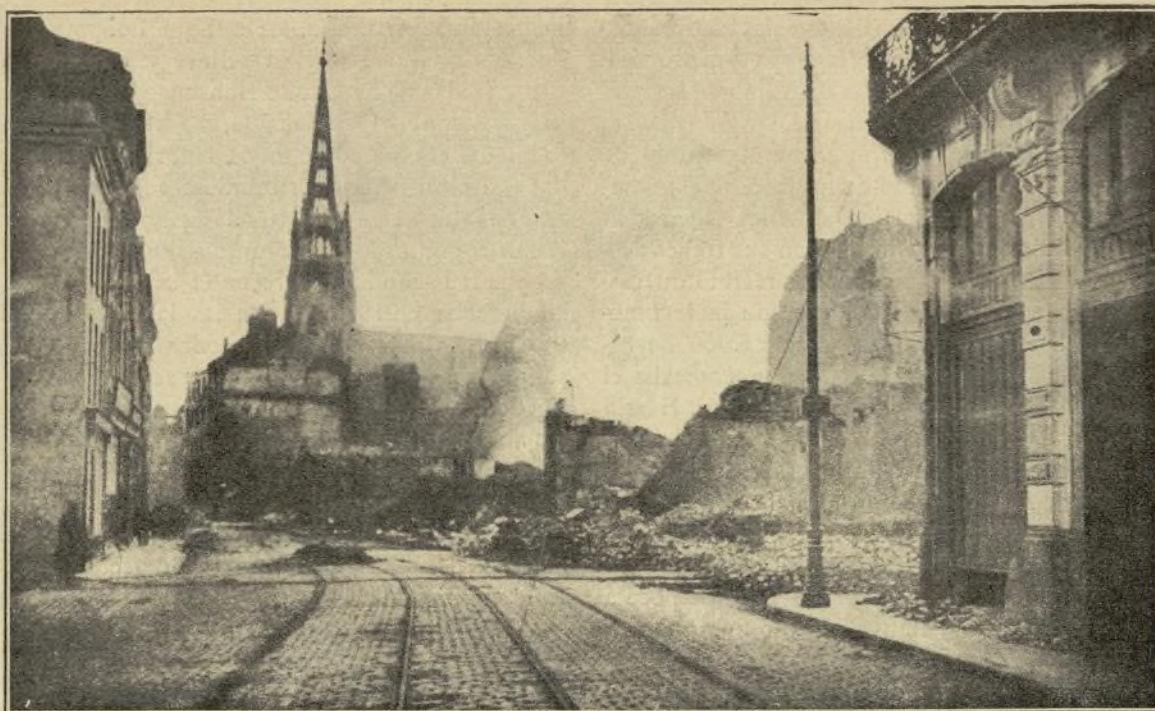
grupo de la izquierda del ejército austriaco obtuvo una victoria completa, pero el ala derecha, aunque no fué derrotada, tuvo que retirarse, obligando al grueso de las tropas a replegarse para no perder el enlace con las dos alas. Sería injusto dejar de reconocer que fué un grave contratiempo para los austriacos la pérdida de una gran parte de la Galizia, con su capital, así como la de las desembocaduras de los pasos de los Cárpatos, lo cual tuvo por consecuencia detener el movimiento nacional de los polacos y despertar los sentimientos hostiles del pueblo rumano. Como en estos formidables encuentros padeció poco la consistencia del excelente ejército austriaco, bastó un pequeño descanso de tres días para

que, con la ayuda de las circunstancias, aquellas tropas se encontraran de nuevo en estado de reanudar la ofensiva. En el referido intervalo sólo hubo algunos cañoneos, que no llegaron a molestar seriamente a ninguno de los dos ejércitos. Se trabajó febrilmente, entre tanto, en dar sepultura a los muertos, evacuar los heridos y enfermos, mejorar los medios de transporte, completar los pertrechos y reabastecerse de municiones, reordenar las unidades y llenar las bajas, completar los cuadros de oficiales, llamar a las reservas y otros refuerzos, preparar abastecimientos que permitieran a las tropas ejecutar nuevos esfuerzos, y situar las masas en las posiciones convenientes para la nueva campaña. Todas estas labores tropezaron



Uno de los morteros alemanes de 21 centímetros



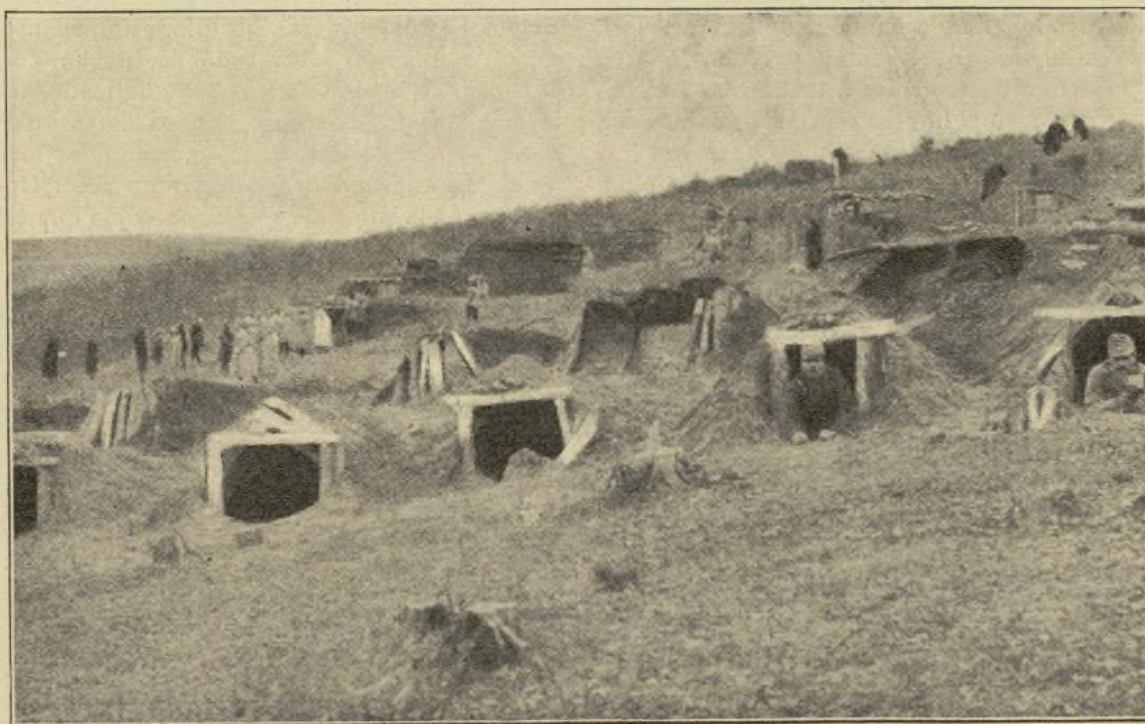


Una de las calles de Lille, poco después de su ocupación por los alemanes; en el fondo, la iglesia principal

ron con la obstrucción que en los caminos se produjo por la huida de los habitantes, que escapaban en todas direcciones llevándose sus enseres y muebles, fueran útiles o no, en sus carretas y caballos. El cuerpo del archiduque José Fernando se incorporó al ejército austriaco, cerca de Grodek, en el ala izquierda, y del lado de los rusos una parte del grupo Brusilov se movió al N. en dirección a Rava-Ruska.

En las jornadas del 8 y 9 de septiembre, el objetivo de los austriacos fué, naturalmente, tomar la ofensiva para recobrar Lemberg. Al N. de esta ciudad, cerca de Rava-Ruska, las alturas que allí hay fueron fortificadas sólidamente por los rusos, de modo

que había de atacarse por los intervalos que quedan entre las lagunas, para romper las columnas enemigas adelantadas hacia el S. Esto fué causa de que el avance tropezara con grandes dificultades y hubiera de hacerse paso a paso, preparándolo con el tiro de artillería, que tuvo que realizar una misión lenta y obstinada. Los rusos apenas esperaron en ningún caso el ataque a la bayoneta; generalmente se retiraban antes a sus posiciones y trincheras previamente preparadas, retrocediendo siempre, pero muy lentamente. La tierra se iba empapando en sangre y los ataques sólo daban por resultado adelantar unos pocos kilómetros al día. Esta batalla presentó el aspec-



Abrigos en la vertiente de una altura, para proteger a las reservas austriacas



to de las grandes combates modernos, con su característico vacío, pareciendo que el terreno estaba abandonado, y sin que denotasen el fragor y el empeño del combate más que las nubecillas de humo de los proyectiles de artillería, el zumbido de las granadas, el tronar de los morteros, el crepitar y chasquido de las ametralladoras, el silbido de los cascos de granada y shrapnels, que convertían aquellos lugares en un infierno. Los austriacos utilizaron sus trenes acorazados con buen éxito. Uno de ellos recibió un casco de granada en la cámara de vapor de la locomotora, pero la avería fué reparada en el campo de batalla, sin que los once coches de que constaba el tren dejaran de disparar y causar grandes pérdidas a los rusos. En estas desfavorables condiciones lucharon los mejores regimientos húngaros, animados por la presencia de los comandantes en jefe y de los archiduques, entre ellos el heredero del trono; durante cinco días consecutivos riñeron un combate cada vez más sangriento y obstinado, acercándose poco a poco a la capital de Galizia, y llegando finalmente a un punto situado a unos 20 kilómetros al S. de Lemberg. Sus pérdidas fueron de consideración, aunque el número de los heridos excedió mucho al de muertos, por la mala puntería de la infantería rusa. En cambio las heridas de los rusos fueron, por lo general, más graves, en la cabeza y en el pecho, porque estaban abrigados en sus trincheras y allí permanecían hasta que se les acercaban las líneas de ataque de los húngaros.

También se condujeron bravamente los bosnios, los cuales en los momentos decisivos solían abandonar sus armas para caer sobre el enemigo y cogerle por la garganta con sus férreas manos; de esta manera hicieron muchos prisioneros. El ataque de los austriacos avanzó, por consiguiente, con buen éxito entre Lemberg y Grodek, pero no fué posible llegar a la capital de Galizia, porque los rusos iban prolongando la resistencia desde posiciones más retiradas cada vez, con el evidente propósito de prolongar la defensa. Uno de los episodios más sangrientos tuvo lugar en la punta de un bosque al N. de Grodek, lugar que fué perdido y recobrado varias veces. Los rusos habían cortado los árboles con hachas, formando en el lindero una tala defendida con ametralladoras, que barrían las líneas de asalto. Fué necesario acudir a un vivísimo fuego de artillería, que desgajó las ramas, hizo astillas los troncos y puso a los defensores en una situación imposible, por la lluvia de granadas y shrapnels que sobre ellos cayó. Por fin quedó aquel disputadísimo punto en manos de los austriacos; el campo quedó cubierto por montones de cadáveres rusos. En la dirección de Lemberg todo iba bien, hasta el punto de que el ejército del general Brusilov recibió uno de los descalabros más fuertes de esta guerra, toda vez que dejó en manos del vencedor 10.000 prisioneros y 80 piezas de artillería. Pero tantos esfuerzos no podían menos de producir un extraordinario cansancio en las tropas. El cañón comenzaba a retumbar hacia el N. y con los gemelos podían divisarse en aquella dirección masas de tropas, que no eran sino los victoriosos soldados del experto Auffenberg, que se acercaban por el camino de Rava-Ruska. La lucha fué debilitándose insensiblemente, adquiriendo a poco el carácter de un cañoneo más o menos vigoroso.

Se encontraba en el ejército austriaco el general inspector de Artillería, archiduque Leopoldo Salvador, personalidad de gran relieve y una de las más distinguidas de la casa de Habsburgo, quien con la mayor sangre fría pasaba largas horas expuesto al fuego del enemigo. De todos lados llegaban granadas y shrapnels, entrecruzándose por los aires, enterrándose en tierra las granadas pesadas, elevándose en otros puntos largas columnas de humo o de polvo que llegaban a oscurecer el sol. En la extrema ala derecha, en la región de las lagunas, se encontraban los tiradores polacos, todos jóvenes y deseosos de derrotar al enemigo, que se empeñaban sin miedo en la batalla a pesar de constarles que los rusos ahorcaban sin piedad a quienes caían en sus manos. Cuanto más se prolongaba la batalla y a mayores pruebas se sometían los nervios y el corazón, tanto más resaltaba la superioridad de los austriacos y más se ponían de manifiesto los defectos de los rusos, patentizados en las campañas anteriores contra los turcos y los japoneses: mezcla impremeditada de los efectivos, jóvenes con viejos; pocos reservistas realmente preparados para la guerra; falta de disciplina; deseo de librarse del peligro (a menudo para retirar un herido salían de las filas ocho o diez soldados, que de esta manera se alejaban del fuego); rebeldía contra aquellas personas que no fuesen sus jefes directos y naturales; carencia de entusiasmo en los ataques y de ardor impulsivo, y en cambio una pasividad y una tenacidad en la defensa que les llevaba hasta soportar una especie de martirio. «No son soldados, sino campesinos armados y uniformados,» era el juicio unánime de los oficiales austriacos, que se enorgullecían de sus excelentes tropas, con razón. De aquí que fueran frecuentes los pánicos injustificados, sobre todo durante las noches. Bastaba un solo disparo de fusil en la obscuridad, para que millares de personas perdieran la tranquilidad: cundía la alarma, los soldados se despertaban y medio dormidos veían enemigos por todos lados, se acudía a las armas y no se sabía qué era lo que pasaba. ¿Acaso un ataque por sorpresa? Sin tino, rompían a disparar sin apuntar ni saber a dónde tiraban, corrían, andaban, gritaban, se estrujaban queriendo salir por la gola de la posición; esto, con los lamentos de los heridos y los estertores de los moribundos, formaba un cuadro característico del ejército ruso. Cuando se aclaraba la situación y se comprendía que el enemigo no atacaba, se miraban los unos a los otros como avergonzados y despertando de un sueño. En cierta ocasión, una avanzada hizo fuego sobre un caballo extraviado que se acercó a la línea: no tardaron en quedar en aquel lugar algunas docenas de muertos y heridos.

Al llegar la batalla a su sexta jornada parecía ya inevitable e inminente la completa derrota del ejército de Brusilov, y las tropas austro-húngaras se regocijaban pensando que iban a lograr por fin el fruto de tantos esfuerzos y que entrarían pronto en la capital de Galizia, cuyas torres se veían claramente a simple vista, cuando de pronto se extendió a lo largo de todo el frente la inesperada orden de romper el combate y emprender la retirada en dirección a Grodek. Los oficiales no querían dar crédito a lo que oían, y las tropas experimentaron el dolor de haber sufrido un cruel desengaño. Pero la fuerte dis-

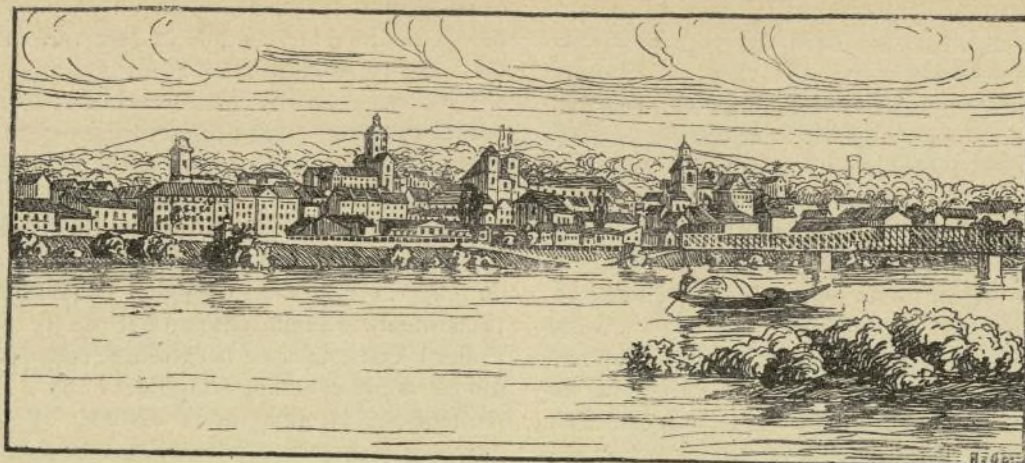


ciplina estaba tan bien cimentada, que sin una murmuración se obedeció la orden del comandante en jefe, abandonando la presa que ya se tenía en las manos. Orgulloso puede estar Conrado von Hoetzendorf de la conducta del ejército en aquella ocasión; todos, desde el general al último soldado, comprendieron que cuando el mando daba aquella orden, motivos fundados habría, y había que obedecer. Entre los oficiales pronto corrió de boca en boca que se acababan de recibir malas noticias del ejército de Auffenberg, y que se imponía la retirada del ala victoriosa en Lemberg, si no se quería fiar la suerte de la masa principal del ejército a una sola carta y arriesgar a un solo golpe el resultado de toda la campaña. Efectuóse, pues, la retirada hacia Grodek, y aun más allá, en la dirección de Przemyśl, sin que el enemigo la estorbase en lo más mínimo, ni tratase de emprender la persecución: por contentos se dieron los rusos con librarse tan imprevistamente de la presencia de aquel temible adversario.

¿Qué le había acontecido al general Auffenberg, cuyas victorias hacían creer a todos que marchaba sin tropiezos en la ejecución de su cometido? Después de haber empujado al enemigo hacia Cholm y el Hutzwa, por la brillante victoria de Zamosc, Auffenberg había recibido la orden de hacer una conversión con todo su ejército hacia el S., para tomar la línea Tomaschov-Laschtschov, avanzar sobre Rava-Ruska y prolongar el frente del ejército austriaco, cayendo contra el ala derecha del ejército ruso de Lemberg. El plan era genial y estaba perfectamente concebido; y de seguro habría dado los resultados que de él se esperaban, si la enorme superioridad de los rusos no lo hubiera hecho fracasar. En esta ocasión produjo de nuevo sus naturales frutos la nefanda labor de espías y traidores. Principalmente influyó la ayuda de los pops (sacerdotes ortodoxos), ardientes enemigos de la nobleza polaca, los cuales pops advirtieron y tuvieron al corriente a los rusos de los movimientos de los austriacos. De todos modos, el enemigo dispuso de tiempo bastante para llamar fuerzas considerables hacia el N., contra las de Auffenberg, y utilizó toda la red de ferrocarriles para hacer afluir de los depósitos inagotables del interior de Rusia grandes masas que se iban concentrando en Lublin y Cholm. Estas maniobras resolvieron el conjunto de las batallas en Galizia, y demostraron cuán funesto era menospreciar al adversario. Es indudable que en la segunda batalla de Lemberg se reunieron más de un millón de rusos, mientras que la fuerza de los austriacos no llegaba a 650,000 hombres. Las circunstancias fueron más particularmente desfavorables para el ejército de Auffenberg, que tuvo que luchar contra un efectivo por lo menos doble, y probablemente triple que el suyo. En su ataque sobre Rava-Ruska, no solamente fué contenido por masas tan superiores, sino que no tardó en verse amenazado por su flanco izquierdo por los ejércitos rusos que llegaban de Cholm y del Bug, tropas que al mismo tiempo se le colocaban a la espalda, mientras que nuevas masas iban interponiéndose en forma de cuña entre los ejércitos de Dankl y de Auffenberg; fué por consiguiente una obra maestra de táctica la retirada que ejecutó Auffenberg, evitando que se trocara en un desastre, perdiendo muy poco material de guerra, y

consiguiendo tomar la dirección SO., atravesar el San y reunirse, al otro lado de este río, con los demás ejércitos austriacos. La enorme responsabilidad que pesó en estos críticos días sobre el general quebrantó su salud, y la historia militar refiere bastantes casos de jefes de ejército que no han podido resistir la tensión nerviosa en situaciones peligrosas: Auffenberg dejó el mando de las tropas. La retirada de su ejército no se ejecutó sin grandes pérdidas, como era de prever, e incesantes combates. Ha de señalarse especialmente el regimiento número 49 (Brunn y Saint Polten), que estaba en la extrema retaguardia y perdió 800 hombres en el campo del honor. El general Auffenberg, en una orden del día, dijo de aquel cuerpo que era el regimiento más bravo de su ejército. Otro regimiento fué atacado en la retirada; su coronel envió su última tropa aún disponible: la bandera con su escolta. La vieja enseña despertó el entusiasmo en los soldados, y reavivó sus energías, y el enemigo acabó por ser rechazado. Todos los oficiales y soldados besaron fervorosamente la bandera, símbolo de la patria al que debían el éxito, pero en aquel momento cayó en el grupo una granada de gran calibre y causó tremendos estragos en los austriacos. En otro lugar, una muchacha de doce años de edad, despreciando la muerte, se arrastró hasta la línea de guerrillas para llevar agua y municiones a los soldados, pero no tardó en ser gravemente herida por un shrapnel en un pie. La pobre niña fué recogida en brazos y trasladada a un tren que la condujo al hospital de Viena; fué menester amputarle el pie, pero tuvo el consuelo de que la visitara el viejo Emperador, quien la felicitó y la regaló una cadena de oro. Entre los muertos figuró el hijo de Conrado von Hoetzendorf. El jefe del Estado Mayor general se encontraba trabajando en su cuartel general, cuando un comandante, cuadrándose en su presencia y con frases militares, pronunciadas con hondo dolor, le dió la triste noticia. El general quedó momentáneamente anonadado y pareció a punto de desfallecer: «¡Herberto mío!», exclamó. No obstante, recobró enseguida su presencia de ánimo, dió las gracias al comandante y, volviéndose a los oficiales de su estado mayor, les dijo: «¡Señores, volvamos a nuestro trabajo! ¿Dónde habíamos quedado?» Del lado de los rusos, quedó herido el general Radko Dimitriev, el «Napoleón búlgaro», aquel hombre que había ingresado como voluntario en el ejército ruso y abandonó luego el ejército del Zar para pasar al búlgaro. Muchos regimientos austro-húngaros perdieron casi todos sus oficiales. Tan bravamente combatieron y tanto castigaron al enemigo, que a pesar de estar éste recibiendo refuerzos cada hora, no aumentaba la superioridad de sus fuerzas. Pero éstas eran tan enormes, que en las posiciones de las que acababa de ser desalojado aparecían luego nuevos regimientos, como si brotaran de la tierra. Por lo demás, la táctica rusa de la maniobra de masas les dió el resultado apetecido. Cada vez que la metralla barría sus filas, la tropa cerraba los claros y sin hacer caso de los muertos seguía avanzando con el apoyo de nuevos refuerzos. Las tropas austriacas alpinas, cuya excelente puntería es bien conocida, causaron grandes destrozos al enemigo. Donde tales soldados estaban empeñados, bastaba que un ruso asomara la cabeza sobre la cresta del parapeto, para





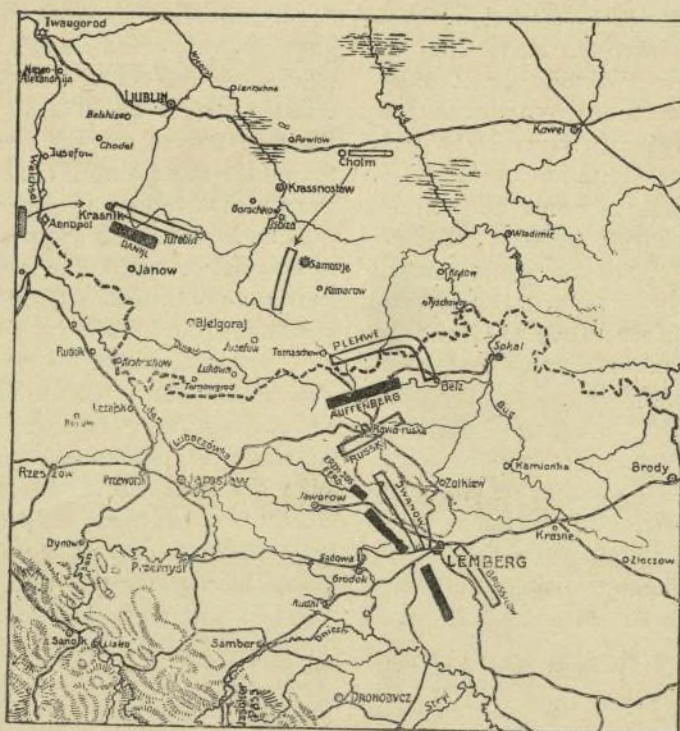
Vista de la plaza fuerte de Przemysl

que los alpinos lo derribaran con sus balas. También las ametralladoras ejercieron sus desastrosos efectos en las masas de ataque, por lo que los rusos tuvieron que repetir los ataques nocturnos, como en Tomaschov y Rava-Ruska.

El ejército del ala izquierda, mandado por el general Dankl, no pudo continuar su victorioso avance, teniendo, al contrario, que replegarse ante Lublin y desandar el camino. Contra las piezas de sitio sacadas por los rusos de sus plazas fuertes, no podían los cañones de campaña austriacos luchar ventajosamente, y además los rusos habían aprovechado la pausa de tres días en los combates para acumular refuerzos en aquella parte de la línea, traídos por las tres vías férreas que en ella desembocan. El defensor no tardó en trocarse en atacante, y el ejército de Dankl fué empujado de un modo irresistible en la dirección SO., trabándose en la región de Krasnik

un empeñado combate de retaguardia, y prolongándose de hecho el frente de batalla hasta Krasnoslav y Viepritz. Las tropas más avanzadas de Dankl fueron

plenamente derrotadas, aunque consiguieron contener el empuje de los formidables cuerpos allí acumulados por los rusos. Si las dificultades del terreno habían entorpecido el avance de los austriacos, claro es que la retirada tuvo que hacerse en peores condiciones aún. Con previsión ejemplar, los rusos habían dejado sin vías férreas aquella región, de suerte que las tropas de Dankl tuvieron que maniobrar sin los medios de comunicación tan necesarios a un ejército moderno, y las tropas avanzadas soportaron el choque sin casi poder ser apoyadas. A pesar de tan grandes contratiempos, Dankl pudo retirar la masa principal de su ejército sin grandes pérdidas ni abandonar el principal material de guerra, llevando a cabo una



Situación de los ejércitos ruso y austro-húngaro el 6 de septiembre



Paisaje del N. de Galizia



Castillo Olesko, en Galizia, en la línea Lemberg-Brody



operación notable, que la historia militar alabará con justicia más adelante. Uno de los regimientos que más padecieron fué el 45 de infantería, que fué arrojado hacia el SE. y sólo pudo reunirse al grueso al cabo de algunos días y en grupos separados. Entre los ejércitos de Dankl y Auffenberg avanzaron al mismo tiempo fuertes contingentes rusos, que causaron daños de consideración. Cerca de Frampol, un destacamento de cosacos destruyó una columna del tren, y otras columnas aparecieron súbitamente cerca de Josefóv y Annopol, cañoneando ambas poblaciones. En estas circunstancias, contribuyó mucho a mejorar la situación la aparición de tropas alemanas, formadas por regimientos silesianos de la landwehr, que se habían ya distinguido en los combates de Krasnik; con la llegada de tales socorros, fué más fácil la retirada a la orilla izquierda del Vístula. En resumen, lo mismo que en la primera batalla de Lemberg, el enemigo pudo avanzar victoriosamente en esta ala, trocando en retirada lo que había sido en los primeros días una invasión triunfal.

Freiherr Conrado von Hoetzendorf pudo por fin reunir las tropas austro-húngaras en una línea más retirada, como después de la primera batalla de Lemberg, en una serie de posiciones que corrían de O. a E. a lo largo de una cadena de alturas, con sus dos flancos apoyados en las plazas fuertes de Przemyśl y Cracovia y la espalda cubierta por los Cárpatos. Si es cierto que los rusos pudieron considerarse victoriosos, porque cayó en sus manos una gran parte de Galizia, no alcanzaron, con todo, una victoria decisiva, toda vez que dieron a los austriacos tiempo suficiente para reforzar y reorganizar sus tropas en buenas condiciones, así como para que llegaran tro-

pas alemanas en número suficiente para que desapareciera la enorme superioridad de las fuerzas enemigas. Como quiera, se desistió de continuar la ofensiva en dirección de Lemberg, y los rusos, además de su éxito táctico, alcanzaron las importantes ventajas de expulsar a su enemigo de la Polonia rusa, ocupar los pasos de los Cárpatos y asegurar la posesión de Lemberg. No obstante, todos estos éxitos tenían mucho parecido con las victorias de Pirro. A pesar de sus colosales fuerzas, sólo muy lentamente y paso a paso habían podido avanzar contra su débil adversario, tanto por las inmensas pérdidas sufridas, como por haber comenzado a la sazón las lluvias y desequilibrios atmosféricos de la estación otoñal, muy rigurosa en aquella latitud. Sobrevino una paralización en las operaciones, de más larga duración. Rechazado, aunque no derrotado, el ejército de la doble monarquía no tardó en encontrarse de nuevo en situación de reanudar la ofensiva, para cuyo comienzo sólo esperaba la llegada de refuerzos de sus aliados, con cuya presencia iba a mejorar la marcha de los acontecimientos. Conrado von Hoetzendorf se encontró entonces en una situación estratégica parecida a la de Wellington en Waterloo: como en aquella ocasión, ahora tenían la palabra los alemanes. Esto era sabido por todos los soldados, a quienes se repartió, por orden del alto mando, unas plaquitas (como representa el grabado) señalando la unión entre los dos ejércitos.



(De Der Krieg)

## CRÓNICA MILITAR

I. Sobre la pasividad de las operaciones militares.—II. Cuestión de nervios.—III. Particularidades del ataque al «Formidable».—IV. Los preparativos de ataque al canal de Suez.—V. La situación militar el 19 de enero.

### I. — Sobre la pasividad de las operaciones militares

La monotonía de los partes oficiales relativos a las operaciones en Francia, y la concisión y laconismo de los referentes a Polonia y Galizia, hacen creer a muchas personas que apenas se riñen combates de importancia y que los adversarios se limitan, en lo esencial, a observarse y tantearse. Nada tan lejos de lo cierto.

Comenzando por el teatro occidental, es indudable que durante los meses de octubre y noviembre hubo una situación de equilibrio, rota sólo de vez en cuando por los beligerantes para intentar un avance brusco, rechazado pronto, y planear otro movimiento con los consiguientes preparativos de traslados de fuerzas y acopios de elementos. Pero en el extremo NO. de la línea, junto a las costas del canal, se libraron sangrientas y empeñadísimas batallas, que duraron varios días, por el deseo resuelto que tenían los ingleses de arrojar al enemigo de aquellos parajes, peligrosos para la escuadra y para las costas británicas. Desde Dixmuidé a Nieuport y el mar, se peleó con verdadera furia, los aliados para avanzar

hacia Ostende, y los alemanes para conservar sus posiciones, sin perjuicio de atacar a su vez así que rechazaban los asaltos de los enemigos. No conocemos en detalle las batallas que allí se riñeron, pero desde luego cabe asegurar que han de ocupar un puesto importantísimo en la historia de esta guerra. Cerca de Ipres, los aliados ejecutaron otro esfuerzo casi sobrehumano, para romper la línea enemiga y obligar a toda la extrema derecha a apartarse del mar, si no quería ser cortada y destruida. Fracásó este plan y fracasó igualmente el contraataque de los alemanes para avanzar por aquel punto e inducir a la retirada a la extrema izquierda de los aliados. Hay que reconocer en justicia que los alemanes llevaron la mejor parte en estos encuentros, y que su ofensiva sólo se detuvo cuando se rompieron los diques y se inundaron los llanos del Iser. Pero este obstáculo natural, infranqueable, opuesto al avance del invasor, se ha vuelto posteriormente contra los que lo emplearon, toda vez que les ha impedido en el mes de diciembre realizar un ataque a fondo con un frente lo bastante amplio para permitir el despliegue de fuerzas suficientes. De aquí que la ofensiva ordenada por el general Joffre haya tenido que desarrollarse



por la estrecha faja que queda entre Nieuport y el mar, habiendo sido relativamente fácil a los alemanes oponerle fuerzas bastantes, aunque muy inferiores a las del adversario, y contener el avance. De todos modos, la conquista de San Jorge por los aliados fué el fruto de una batalla terrible, que por ahora sólo es posible mencionar; y otra batalla de iguales caracteres fué la derrota de los ingleses en Festubert, el 24 de diciembre, en la que perdieron 900 prisioneros, 14 ametralladoras y 12 lanzadores de torpedos. En las batallas del Iser, del 11 al 15 de noviembre, hicieron también los alemanes 5,650 prisioneros y cogieron varios cañones. En el mismo sector, en la región de La Basée, en la de Arras, en la de Noyon, y en la de Soissons, hubo también serias batallas, de gran consideración; pero tanto éstas como las anteriores no han conseguido modificar la situación general, y de aquí que hayan pasado inadvertidas o poco menos. Ultimamente, en la Alsacia se ha luchado con verdadero frenesí, aunque los efectivos empeñados no han sido tan fuertes como en la izquierda de los aliados.

Pero la verdadera causa de que no hayan llegado al público las noticias más o menos concretas de todas esas batallas, y de otras varias, no es precisamente su escasa o nula influencia sobre la situación general, sino otra de un orden muy diferente.

En la guerra anterior entre Francia y Alemania, en la turco-rusa y durante la ruso-japonesa, los grandes órganos de publicidad, los que poseen mejores y más completos datos de información y un número extraordinario de competentes corresponsales, esto es, los más reputados periódicos ingleses, no estaban directa e inmediatamente interesados en la contienda, su país era neutral, y podían sin inconveniente dar noticias y satisfacer la curiosidad de sus lectores. Es claro que sus relatos no eran ni exactos ni imparciales, pero daban una idea aproximada de la verdad y, sobre todo, reflejaban la importancia de los hechos de armas a que se referían. En la guerra de 1870-71, los alemanes seguían la misma conducta que ahora: dedicar tres o cuatro líneas a sus más grandes victorias y no volverlas a mencionar; si en la actualidad se ha interrumpido esta costumbre y el gran cuartel general comunica partes relativamente detallados de los acontecimientos del teatro occidental, ello se debe a contrarrestar el efecto que causan los partes muy detallados en cierto aspecto de los franceses. En la citada guerra de 1870-71, los franceses no se distinguieron por la veracidad, ni siquiera por la oportunidad de sus noticias. Las batallas de la guerra ruso-japonesa, como antes las de la turco-rusa, fueron conocidas, gracias a la prensa inglesa, a las pocas horas de haber terminado, sin perjuicio de que más adelante los relatos e historias oficiales corrigieran y ampliaran aquellas primeras informaciones.

Pero en la presente guerra, la prensa inglesa según reconoce ella misma (y en el mismo caso se encuentra la de todos los países beligerantes), no debe ni puede moralmente ser tan explícita como en otras ocasiones, y como ella era casi exclusivamente el único conducto por el que se satisfacía el interés general, han quedado en la penumbra y desvanecidos una multitud de hechos de armas, que causarán verdadero asombro al ser conocidos. En estas columnas se ha publicado ya la descripción de bastantes com-

bates, y seguirán apareciendo las de los demás, completamente desconocidos por el lector. Pero estos relatos no es posible hacerlos a poco de ocurrido el hecho de armas, y forzosamente han de publicarse con retraso.

En cuanto a las batallas de Polonia y Galizia (que ya han comenzado a describirse en esta publicación), su importancia y sus proporciones dejan atrás a las más célebres de Napoleón.

Por consiguiente, cuando se dice que la situación no presenta cambios o al dedicarse un corto párrafo a cada uno de los combates en Polonia, no ha de entender el lector que no ha ocurrido nada, en el primer caso, o que ha carecido de importancia lo acontecido, en el segundo, sino que para la decisión definitiva de la guerra no se han presentado nuevos hechos, y que se carece de noticias detalladas, respectivamente. Ejércitos de millones de hombres no permanecen inactivos por completo, frente a frente, largos meses, en nuestros días, y el más insignificante combate, pasado a menudo en silencio, tendría en otras épocas anteriores merecidamente el calificativo de gran batalla.

## II. — Cuestión de nervios

Una de las frases más gráficas, y sin duda más acertadas, con las que se ha caracterizado la presente guerra, es la del mariscal Hindenburg en su entrevista con el corresponsal de uno de los periódicos de Viena. «La presente guerra es ante todo una cuestión de nervios», dijo aquel famoso caudillo, y así es en efecto. Ni bastan las mejores combinaciones estratégicas, ni la instrucción y el valor del soldado, ni la eficacia del mando, ni la abundancia y excelencia del material, para decidir rápidamente las campañas, cuando cada uno de los dos beligerantes dispone de millones de hombres con que reemplazar las bajas y formar nuevos ejércitos, y cuando todos los recursos de poderosos Estados se han encaminado y puesto al servicio de los fines bélicos.

Hace cincuenta años, a la victoria de Tannenberg, seguida por la de Insterburg, hubiera seguido inmediatamente la invasión de la Lituania; pero esto no fué posible en septiembre, porque detrás de los ejércitos rusos puestos en dispersión y en parte destruidos, aparecieron otros tanto o más fuertes que los deshechos. La victoria de Lodz, por ejemplo, fué mucho más brillante que las ganadas por Napoleón en la campaña de Rusia, y sin embargo, ni siquiera quedó abierto al vencedor el camino de Varsovia. Siempre la razón fué la misma. La llegada de nuevos ejércitos, intactos y descansados, que restablecían el equilibrio del combate, cosa que no ocurría hace cien, ni hace cincuenta años. Las batallas de Lemberg, perdidas por los austriacos, apenas tuvieron trascendencia militar, concretándose su resultado en la evacuación de la Galizia occidental, pero sin despojar de capacidad combatiente al ejército austro-húngaro, que a las pocas semanas volvía a tomar una ofensiva bastante afortunada. En pequeña escala, lo mismo ha ocurrido en el otro teatro de la guerra. Cuando el alto mando no comete torpezas de consideración, el número, si reviste proporciones extraordinarias, retarda la consecución de las mejores combinaciones estratégicas. Recuérdese si no la campaña



de Francia en 1814, una de las mejores de Napoleón, en las que este gran capitán ganó todas las batallas y perdió la guerra, porque el alud de fuerzas enemigas infinitamente superiores le acosaba y estrechaba por todos lados, y le obligó a abandonar la capital y a presentar su abdicación.

Se necesita una extraordinaria perseverancia y una energía moral a toda prueba, para continuar luchando y planeando nuevas combinaciones a pesar de haber derrotado al enemigo en batallas que hasta ahora se llamaban decisivas; y claro está que esta energía y esta perseverancia son aún más necesarias en el campo que lleva la peor parte. El soldado, por patriota y bravo que sea, que cree llegar a la meta de sus esfuerzos y hallar el término de sus sacrificios en una batalla disputada y sangrienta, se encuentra con que a los pocos días hay que comenzar de nuevo, casi como si no hubiera obtenido ninguna ventaja; y el que se ha acostumbrado a retroceder y reconoce en su interior su inferioridad con respecto al enemigo, ha de menester de una cohesión y de una abnegación a toda prueba, para volver a probar fortuna y seguir batiéndose con la misma fe y la misma confianza en el éxito final.

De consiguiente, mientras no intervengan en la guerra otras naciones que arrojen un peso abrumador en uno de los platillos de la balanza, puede afirmarse que la victoria final, en los campos de batalla, será para aquel partido que posea mayor fuerza de nervios y una moral más disciplinada y robusta. La educación militar, no la instrucción, el espíritu militar, tienen ahora una importancia extraordinaria, y a poco que ayude el mando y no abrume demasiado el número, la victoria ha de ser para el ejército que posea en mayor grado aquellas preeminentes cualidades. Advuértase que digo en los campos de batalla, porque la guerra probablemente habrá de resolverse también por otros medios y acaso en otros teatros.

### III. — Particularidades del ataque al «Formidable»

La manera cómo se llevó a cabo el ataque al acorazado británico *Formidable* por un submarino alemán sugiere algunas reflexiones, que han preocupado ya a los críticos navales de Inglaterra.

Dado el estado del mar, oleaje violento, y la hora en que tuvo lugar el ataque, todavía de noche, se ha concluido que el submarino no lanzó su torpedo desde debajo de la superficie, sino que se mantuvo a flote. El periscopio en aquellas circunstancias no podía servir para explorar el mar, porque las olas y la obscuridad impedían la visión. Por consiguiente, el submarino obró a la manera de un torpedero, deslizándose sobre la superficie de las aguas y acercándose al acorazado bajo la protección de la obscuridad y de la espuma de las olas. De aquí se deduce que los submarinos podrán operar de dos maneras diferentes, según el tiempo y las circunstancias: durante el día, cuando reine además buen tiempo, el submarino se mantendrá en los mares donde sea probable se presente algún barco enemigo, acechando la ocasión de sumergirse y de lanzar su torpedo sin ser visto; su escasa velocidad cuando está sumergido no le permite correr detrás de su adversario ni darle caza, sino que ha de aguardar y mantenerse a la es-

pera, procurando acercarse y cortando el rumbo de la nave adversaria. De noche en cambio y si el mar está muy agitado, el submarino no tiene necesidad de sumergirse, sino que manteniéndose sobre el agua podrá desplegar toda su velocidad y maniobrar exactamente lo mismo que un torpedero, con la ventaja sobre éste, de ser menos su visibilidad y substraerse al tiro enemigo, con sólo sumergirse, si arrecia mucho el fuego. A este propósito se recuerda que los famosos ataques de los torpederos japoneses a la escuadra rusa de Port-Arthur hubiesen tenido mucho más éxito si en lugar de aquellas unidades se emplearan submarinos de alta mar. Este nuevo empleo aconseja la construcción de submarinos de gran tonelaje, y de mucha velocidad, de los cuales poseen algunos las marinas inglesa y alemana. Una escuadrilla de barcos de esta clase, apoyada por destroyers y cruceros pequeños, podrá atacar a una escuadra de grandes unidades si las condiciones se presentan favorables.

Otra particularidad puesta de manifiesto por el ataque al *Formidable* es que el almirantazgo alemán tuvo noticia del hecho a los pocos minutos de realizado, lo cual sólo se explica si el submarino estaba dotado de una instalación de radiotelegrafía; y efectivamente así lo confirma el repetido almirantazgo. Se supone que la mayor distancia de transmisión de las instalaciones radiotelegráficas de los submarinos alemanes no excede de unos 350 ó 400 kilómetros, pero ella es suficiente para que la pequeña unidad pueda recibir indicaciones útiles desde tierra firme y desde los demás barcos de la escuadra, lo cual facilitará y hará mucho más peligrosa la misión encomendada al submarino.

En resumen, la importancia del submarino parece crecer y su papel en las operaciones navales tiende a ser cada día mayor.

### IV. — Los preparativos de ataque al canal de Suez

Desde el interior de Siria al canal de Suez se extiende un vasto desierto, sólo cruzado por dos malos caminos en los que se encuentran los únicos puntos de aguada. Cualquier tropa que se aventure fuera de los expresados caminos, tendría que transportar el agua necesaria para los hombres y ganado, y esto aumentaría considerablemente las dificultades de la expedición. Pero, aun siguiendo aquellos caminos, cualquier columna militar que trate de salvar la distancia entre la frontera turco-egipcia y el canal de Suez, necesita llevar consigo un número proporcionado de bestias de carga, toda vez que las operaciones militares, el despliegue y el ataque final, no pueden realizarse nunca en el estrecho frente de un solo camino de herradura. Estas indicaciones bastan para dar a comprender las inmensas dificultades con que ha de tropezar Turquía si se empeña en llevar la guerra a Egipto, o por lo menos cerrar el canal.

No obstante, los turcos han reunido en aquella región de Siria un ejército que se hace ascender a 50,000 hombres, y han acopiado un numeroso ganado, incluyendo cerca de 13,000 camellos. Además, grandes cantidades de abastecimientos, mulas, caballos, carretas, etc., están ya organizándose para formar varios convoyes. La marcha de un ejército por



caminos bastante malos, con puntos de etapa casi obligados, y teniendo que llevar una impedimenta tan molesta, aunque indispensable al mismo tiempo, ha de ser forzosamente lenta y de dudosos resultados. Si el éxito no la acompaña, el desastre puede ser total y perderse hasta el último hombre y la última acémila. Oficiales alemanes son los encargados de organizar las columnas y los convoyes, pero a pesar de su pericia y de sus dotes organizadoras, la tarea que se les ha encomendado es abrumadora y muy dada a un fracaso.

Los ingleses han organizado defensivamente las dos orillas del canal, construyendo numerosas obras de campaña a varios kilómetros de distancia de aquel, y montando campamentos enlazados por puestos de vigilancia. Los cuerpos de camelleros indígenas prestan servicio permanente a vanguardia; se han enviado varios aeroplanos, que no cesan en sus reconocimientos; algunas unidades navales exploran las dos entradas del canal y todo el mar Rojo, y, en suma, se han tomado todas las precauciones imaginables para que no sea posible ni un ataque por sorpresa, ni un golpe de mano ejecutado por un corto número de individuos.

Como la agitación se extiende en las fronteras de Libia, y podría ser que se propagara al interior, así como al desierto del O. del mar Rojo, fuertes contingentes coloniales, indostánicos con preferencia, han sido concentrados en Egipto, donde también se encuentran numerosas tropas británicas, enviadas desde la metrópoli.

En estas condiciones, es muy posible que no tenga éxito la tentativa contra Egipto y el canal, aunque con ella ha conseguido ya Alemania un resultado no despreciable: detener el envío a Inglaterra de las tropas coloniales y obligar a su enemigo a mantener algunas de sus mejores tropas y varios barcos de guerra en un teatro secundario, apartándole la atención del teatro principal: Francia.

#### V.—La situación militar el 19 de enero

Una tentativa de avance de los rusos en las fronteras de la Prusia Oriental ha sido rechazada, sufriendo fuertes pérdidas el atacante.

En Polonia, Galizia y los Cárpatos, no ha cambiado apenas la situación.

En el Cáucaso continúan los combates entre turcos y rusos a los dos lados de la frontera, y se ha confirmado que los encuentros de Ardahan y Sarykamysch, aunque desfavorables para los turcos, no tuvieron la trascendencia que se dijo. Los dos beligerantes han entrado en Persia, donde se han librado también algunos combates; no se sabe quiénes fueron los primeros en invadir aquel territorio, aunque parece probable que los rusos tomaran la iniciativa y acudieran después los turcos para apoyar a los persas.

En el teatro occidental, el mal tiempo ha paralizado las operaciones en casi todo el frente.

Lo más saliente ha sido la batalla de Crouy, a N. de Soissons, terminada con la derrota de los franceses. Estos, que habían obtenido algunas ven-

tajas en sus ataques de los primeros días de enero, quisieron completarlos apoderándose de la altura que domina todo aquel sector, pero contraatacados violentamente y amenazados de ser envueltos por su izquierda, tuvieron que replegarse hacia el río y quedaron en manos del vencedor 5.200 prisioneros y 35 cañones. En los partes oficiales franceses se dice que el efectivo de las tropas empeñadas fué de tres brigadas, con la artillería correspondiente, de lo cual resulta que aquella fuerza perdió aproximadamente la mitad de su efectivo (incluyendo los muertos y heridos) y de su material de artillería. Ha sido por consiguiente este descalabro el mayor que han padecido los franceses desde el mes de septiembre. Aunque oficialmente se pretende justificar el revés con la crecida del Aisne, que impidió el oportuno envío de refuerzos, es indudable que si los puentes existentes bastaron para que pasara el río la mitad de la fuerza, en plena retirada, ellos mismos pudieron ser utilizados ampliamente para el envío de tropas de socorro. Probablemente el origen del descalabro ha de buscarse en la convicción que había en el cuartel general francés de que los alemanes no saldrían de su actitud defensiva, y que sus reacciones ofensivas seguirían teniendo un alcance puramente local, y la creencia de que el grueso de las tropas enemigas no se encontraba en el Aisne.

Si alguna duda cupiera todavía acerca de que los alemanes permanecen a la defensiva porque sus fuerzas son numéricamente inferiores a las de los aliados, la batalla de Crouy lo ha confirmado. La retirada en desorden de los franceses y el paso del río bajo el fuego y la presión del vencedor, eran circunstancias muy propicias para que los alemanes intentaran a su vez cruzar el Aisne y completar el éxito; lejos de esto, se detuvieron antes de llegar al río y no hicieron la menor tentativa para salvarlo. Esta manera de obrar pugna con los métodos que han aplicado los alemanes hasta ahora. Los partes oficiales franceses, (que como los de los demás beligerantes siempre tienden a aumentar las fuerzas del adversario) afirman que contra las tres brigadas francesas llegó a reunirse un cuerpo de ejército alemán, es decir, cuatro brigadas de infantería con las tropas auxiliares correspondientes; la diferencia no era tan grande que justifique la pérdida de la mitad del efectivo y el abandono de unas posiciones que tanta sangre costaron a mediados de septiembre. Además, si el enemigo llegó a reunir un cuerpo de ejército, claro es que antes tenía una masa muy inferior frente a las tres brigadas francesas, lo que comprueba que la densidad de ocupación de la línea alemana, por lo menos en aquel sector, es más débil que la de los franceses, y que los primeros supieron sacar mejor partido de la agrupación y empleo de las reservas.

Desde el 9 de diciembre, día en que comenzó la ofensiva de los aliados, han caído en manos de los alemanes 17,500 franceses, y poco más de un millar de ingleses.

JUAN AVILÉS  
Teniente Coronel de Ingenieros

19 de enero de 1915.